

La luz entraba, tímida, arrebatando una jornada más el terreno a una oscuridad que en su silenciosa retirada dejaba adivinar el contorno del ovillo de sábanas en el que se había convertido su lecho. No había sido el mudo clamor de la refriega el que había conseguido que se incorporase y comenzase a buscar a tientas su ropa, sino el repentino canto de un gallo, que había puesto punto y final a un sueño que comenzaba a resquebrajarse una hora antes con el sonido acompasado de los cascos de las bestias, que llevaban a los hombres a una batalla que comenzaba antes: la de la subsistencia.

Ese sonido de cascos le había recordado lo penoso del viaje del día anterior, en el que, próximo a Manzanares, había continuado por tierras manchegas su viaje hacia el sur, en mulo, pues aunque el territorio a priori lo permitía, los caminos aún no estaban acondicionados para que ese espejismo llamado automóvil se viese por aquellas tierras. Una travesía en la que se alternaban el ocre y el verde vid, formando una paleta sencilla junto al azul cielo, que parecía posarse en la tranquila superficie cuando el viajero oteaba el horizonte, fantaseando sobre un perenne atardecer y encontrándose de forma inexorable con la nada, en una quietud apenas mecida por la suave brisa.

Era ese mundo, universo más bien, alejado de unas ciudades cuyos habitantes se empeñaban en condenar al ostracismo embadurnándose de una burguesía que se autoproclamaba ilustrada, el que tanta curiosidad despertaba en Felipe, pues bien sabía éste que ese desprecio, unido a las fatigas del viaje, eran la mejor defensa para que el patrimonio que encerraban no desapareciese.

Olvido, ignorancia, pérdida...eran los fantasmas contra los que luchaba con una pequeña grabadora y una libreta de anillas, lo suficiente para mantener a salvo buena parte de unas raíces que suponían, y suponen aún, el fundamento e identidad del hombre. Con estas cavilaciones iba cuando el mulo ya enfilaba el pequeño repecho empedrado que

conducía a la posada en la que había pasado la noche, acallando de inmediato a un grupo de mujeres que, sentadas a la puerta de casa, ya tenían poco o nada que contarse.

...

Una vez aseado y vestido bajó con paso decidido las escaleras. “*Buenos días señor Pedrell, ¿cómo ha pasado la noche?*” escuchó al tiempo que cruzaba el umbral de la puerta, encontrándose de nuevo con una luz cegadora que no le dejó articular contestación alguna. No tenía tiempo para eso, quería sumergirse en aquella atmósfera, dejarse llevar por las callejuelas, buscar con ilusionado ahínco la voz de aquel lugar...y sabía perfectamente a dónde dirigirse.

El vocerío y trasiego de aquel lugar eran continuos, el caótico orden en el que las mujeres realizaban su tarea se correspondía con la cantidad de registros del más concurrido de los mercados, todo ello aderezado con el rasgar de telas y el zumbido del agua, manando alegremente de los caños para zambullirse en la alberca, donde ellas, arrodilladas, la esperaban. La experiencia le había enseñado que ese era el mejor lugar en el que aguardar el comienzo del espectáculo;

Más le valiera a tu madre
en vez de alabarte tanto
hacerte lavar la cara
y comprarte unos zapatos.

Casadita y con hijos
te quiero ver,
que limpia y soltera
cualquiera es.

Se alzó de entre el murmullo de boca de una mujer con delantal amarillo.

Que vengo de lavar,
de lavar;

que vengo del río

del río

que vengo de lavar

de lavar

cariño mío.

Todas conocían el estribillo a la perfección, y parecieron aún más animadas cuando una muchacha joven replicó a la primera:

Cuando paso por tu puerta,

paro la burra y escucho,

oigo decir a tu madre

que eres guarra y comes mucho.

Risas. Sólo con ese espontáneo inicio sabía ya que se trataba de una jota, aunque sólo cantada. Mejor así, se dijo, pues sus estudios, aun siendo profundos, abarcaban exclusivamente el hecho musical, e intentaba ser exhaustivo en su documentación y no caer en dar testimonios equívocos o poco rigurosos. Un humor optimista e ingenioso emanaba de aquella plaza, y hacía más llevadero el arduo trabajo de esas mujeres, que entre chascarrillo y cuchicheo se afamaban en escurrir sus desdichas y refrescar sus ilusiones en gastados lavaderos de madera, derrochando por sus gargantas la vitalidad que aquella vida les exigía. Y allí, como en cada uno de sus anteriores viajes, fue consciente de que el espíritu, la identidad de aquella comunidad, se hacía presente en esas simples melodías que ahora le embargaban, dándole significado a su tarea, haciéndole recuperar unas raíces que, aunque guardara para sí, estaba empeñado en compartir con los demás.

Siguió sentado, observando, como mudo espectador en la tierra de infinito atardecer.